

---

## **DEDICATORIA**

---

Dedico este libro a todo aquel que se acerca a sus páginas buscando los orígenes de nuestras comunidades de fe. En su honor, he tratado de ser fiel, de investigar y de plasmar nuestra creencia en Jesucristo Salvador, tal como el Magisterio de la Iglesia la ha preservado hasta nuestros días.

Que este testimonio sirva como semilla de renovación para quienes aún buscan, y como aliento para quienes ya han creído.

---

## **AGRADECIMIENTOS**

---

Esta novela es un canto de agradecimiento a la Iglesia que me ha acogido en su seno para llevarme hasta Cristo. Por eso la incluyo en mi serie «CANTOS».

Por años he llevado a cabo un arduo trabajo de estudio e investigación con el deseo de conseguir un escrito atractivo y coherente. Para conseguir este objetivo, son muchas las personas que han participado con sus comentarios, observaciones, aclaraciones, etc. Agradezco particularmente a los catequistas que me han guiado en la Iglesia, a los sacerdotes que me han acompañado en el Camino Neocatecumenal y en el Seminario Redemptoris Mater de Medellín, y a las comunidades a las cuales pertenezco en Pereira y Medellín.

A todos ellos, gracias por ser luz en el camino.

---

## SINOPSIS

---

En el umbral del ocaso del Segundo Templo de Jerusalén, El Nuevo Templo entreteje las historias de hombres y mujeres que, desde los confines del Imperio Romano hasta las ciudades santas de Judea, atraviesan la ruina, la persecución y el exilio en busca de una promesa más alta: el Reino que no perece.

Teófilo, un joven herido por el abandono y la violencia, inicia una búsqueda marcada por la duda y la resistencia interior. Al morir su mentor Bernabé —un anciano convertido por el fuego del arrepentimiento—, hereda una misión misteriosa: encontrar a Pablo y a los del Nuevo Camino. En su travesía, Teófilo cruzará puertos y montañas, ciudades y cavernas, encontrándose con discípulos, perseguidores, mártires y profetas, hasta descubrir que la verdadera reconstrucción no está en la piedra, sino en el corazón transformado.

La novela alterna narración histórica, profundos diálogos teológicos —inspirados en el estilo lucano— y una recreación verosímil de las primeras comunidades cristianas. Con precisión bíblica, riqueza literaria y una mirada espiritual penetrante, El Nuevo Templo traza el tránsito del judaísmo al cristianismo, de la ley al Espíritu, de la ruina al renacimiento.

No es solo la historia de Jerusalén devastada: es la historia de cada alma que, entre la aflicción y la gracia, busca ser morada de Dios.

HÉCTOR EMILIO ROLDÁN HOYOS

---

## PRÓLOGO DEL AUTOR

---

Con gran alegría y humildad pongo en tus manos, amable lector, esta obra que nace de un profundo anhelo: contribuir, aunque sea modestamente, al anuncio del Reino de Dios. Porque, más allá de todo lo que me rodea, de los afanes que me mueven y los intereses que me desafían, solo un tesoro auténtico da sentido y valor a mi vida. Como se ha dicho: *«Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón»*<sup>1</sup>.

Este tesoro, revelado en mi historia personal, me impulsa a dirigir mi corazón hacia el Reino de los Cielos, a pesar de mis limitaciones.

Durante muchos años, mi búsqueda estuvo centrada en el conocimiento filosófico y literario. Exploré la posibilidad de una nueva moral inspirado en las ideas de Nietzsche, a quien admiré en su lucidez crítica, intentando hallar a Dios entre los pliegues de sus obras. Fruto de ese empeño fue una novela de corte psicológico y filosófico, que pulí con esmero durante largo tiempo. Sin embargo, al final, comprendí que aquellas páginas no eran más que un grito de desasosiego: un intento sin respuesta, un vacío que me dejaba insatisfecho. Aunque el lenguaje fluía y la trama resultaba atractiva, su huella en mí era inquietante: más duda que certeza, más nostalgia que verdad.

---

<sup>1</sup> Mt 6,21.

No sentía orgullo por esa obra, sino un extraño malestar, como si lo que parecía apetecible escondiera un sabor ácido. Con el paso del tiempo, entendí que no podía ofrecer algo así a otros. A pesar de los ánimos recibidos, decidí no publicarla. Aquel texto, que en cierto modo se había convertido en un ídolo para mí, terminó destruido. Fue un acto difícil, porque representaba mis mejores años. Pero fue también un acto de libertad.

Y entonces ocurrió lo inesperado: brotó en mí una inspiración nueva, como un manantial fresco. No provenía del esfuerzo ni del cálculo, sino de un lugar más hondo. Era un dictado sereno, que entretejía historias, palabras y enseñanzas con una claridad que antes no conocía.

No sé si quien se acerque a estas páginas tendrá la paciencia de encontrar respuestas. Solo sé que, en mí, han producido frutos abundantes: un amor renovado por la Eucaristía, un cariño profundo por la Iglesia —Madre y Maestra— y un deseo sincero de compartir esta experiencia contigo.

Este libro quiere ser una herramienta para despejar las cortinas de humo que hoy oscurecen la mirada: el pesimismo racionalista, el relativismo sin raíces, el hedonismo desmedido y el consumismo que devora todo. Estas sombras han eclipsado valores esenciales como el derecho a la vida y el amor a Dios y al prójimo. Por eso he querido iluminar la trama de esta novela con citas bíblicas y enseñanzas de la Iglesia, no de forma doctrinal, sino viva, coloquial, encarnada en la experiencia de los personajes.

En este recorrido por las primeras comunidades cristianas, resalto la *koinonía*, esa comunión fraternal que

dio vida a los creyentes. Hoy estamos muchas veces lejos de esa unidad, distraídos por debates estériles o heridas sin sanar. También he intentado hacer accesible el conocimiento histórico, porque es parte del tesoro de la Iglesia, y un instrumento necesario para responder con verdad ante quienes la critican sin conocerla.

En estas páginas expreso mi amor por la Iglesia, única capaz de llevarme al conocimiento del Evangelio y al discernimiento de la voluntad del Padre, mediante la redención de Jesucristo y con la gracia del Espíritu Santo.

Que este libro sea una invitación a descubrir —como yo lo he hecho— que Cristo es la respuesta a todos nuestros interrogantes.

EL AUTOR





---

## PREFACIO

---

Durante un viaje de investigación a las fuentes del Jordán, en Qum —donde las aguas se aquietan tras los ritos de ablución y el eco del Bautista aún parece latir en el aire—, *Ruah*, *Psije* y *Sarx*<sup>2</sup>, emergió un antiguo pergamino<sup>3</sup>, que cambió mi mirada para siempre.

Aquel manuscrito, escrito en grafemas semíticos cuadrados y salpicado de glosas en griego *koiné*, llegó a mí —quiero creerlo— por pura Providencia. Desde entonces, he dedicado años a su estudio y traducción, con asombro y gratitud.

Su aparición fue tan inesperada como luminosa. Surgió de una vieja vasija de cerámica que, al quebrarse sin previo aviso, liberó lo que parecía un mensaje sepultado por siglos. Al desplegar el pergamino, comprendí que no estaba ante una simple reliquia, sino ante palabras vivas, capaces de transformar al que las acogiera con el corazón abierto.

Confieso que su contenido me sobrecogió. Había en sus líneas una sabiduría antigua y a la vez nueva, una invitación a mirar más allá del tiempo hacia aquello que permanece. Por eso he querido compartir este legado en forma de relato. No es un hallazgo nuevo —pues su verdad

---

<sup>2</sup> Espíritu, alma y cuerpo.

<sup>3</sup> Mediante varias pruebas, este pergamino ha sido datado con mucha precisión, hacia el comienzo del siglo II.

ya ha sido mostrada a quienes escudriñan los orígenes del Nuevo Templo—, pero sí puede ser restaurador: como una llama que reaviva la fe, o una brisa que disipa la ceniza del alma.

Para facilitar la comprensión, he actualizado en esta versión las unidades de medida y referencias temporales, adaptándolas al calendario cristiano. No siempre utilizo “d.C.” por respeto al ritmo narrativo, pero sí conservo “a.C.” para las fechas anteriores. He preservado, cuando lo ha exigido la fidelidad, algunos nombres y objetos con su grafía original, a fin de mantener su sabor auténtico.

El manuscrito carecía de un cierre. Me he tomado, pues, la libertad —guiado por la oración, la imaginación y la historia— de completar su arco narrativo. No con ánimo de invención, sino de armonía.

Si te asomas a estas páginas con sed, hallarás un cauce que conduce a la promesa. Si ya has bebido de esa fuente viva, tal vez descubras en estas palabras un eco nuevo de lo que has creído. Pero si te acercas con indiferencia, sin reconocer la herida de tu alma o el desencanto del mundo, quizás este libro te parezca ajeno, incluso molesto. Y, aun así, tendrá el mérito de haberte despertado.

Porque lo que aquí se narra no es solo un acontecimiento del pasado. Es una historia que late en cada alma que, entre ruinas y silencios, se atreve a buscar la ciudad viva, el verdadero Templo donde Dios habita: el corazón transformado por su Espíritu.

---

## CAPÍTULO I

---

### EN LA ORILLA DEL RÍO

**Río Άλυσ<sup>4</sup> - año 67.**

(Uçhisar, región de Capadocia, cerca de Cesarea Mazaca<sup>5</sup>)

El anciano yacía sobre un lecho de mantas ásperas, en el interior de una caverna sombría. El eco de su fragilidad lo rodeaba como un silencio espeso. De aquel vigor que lo había caracterizado años atrás, no quedaba más que un leve temblor en las manos. Frente a él estaba Teófilo, un joven alto, de tez oscura y musculatura firme. El contraste entre ambos era abismal: uno, rebosante de juventud; el otro, como una rama otoñal doblegada por el peso de las estaciones.

—Mi apreciado Teófilo, una sed inmensa me devora.

La voz entrecortada del anciano fue apenas un murmullo. Tenía la garganta reseca como el lecho de un río agrietado por el sol.

El joven destapó un odre y vertió agua en un recipiente de barro. Lo acercó al anciano, quien lo tomó con manos temblorosas. Bebió a pequeños sorbos, con dificultad. En su rostro se reflejó una mezcla de alivio y agotamiento. Apenas pasó el fugaz aliento, continuó hablando con el hilo de su voz fatigada:

—Pero no es esta sed del cuerpo la que me consume. Es otra... una que nace desde lo hondo y arde sin tregua, y que ninguna fuente terrenal puede calmar. Yo, que en otro tiempo bebí de las aguas puras del Jordán, aquellas que nacen bajo el rocío perfumado del חרמון<sup>6</sup>, ¡cómo añoro aquellos días! Vivir entre los hermanos<sup>7</sup>, compartir el pan y las palabras... todo era maravilloso entonces.

Atrás habían quedado los días en que el anciano luchaba dominado por sus impulsos y su orgullo. Ahora, al borde del viaje definitivo, comprendía la futilidad de aquellas batallas. La sed que lo consumía no era del cuerpo, sino del alma: una sed de redención,

---

<sup>4</sup> Río Halys, actualmente *Kızılırmak*, Turquía.

<sup>5</sup> *Kayseri*, ciudad en Anatolia Central, Turquía.

<sup>6</sup> Escrito en hebreo en el manuscrito original: Hermón. "הר חרמון": Monte Hermón.

<sup>7</sup> Sal 133, 1-2.

de misericordia, de un mortal a quien no logró encontrar. Llevaba cinco años buscando a Pablo, y el reencuentro nunca llegó. Sin embargo, en su rostro marchito había una paz difícil de explicar: la serenidad de quien, tras haberse extraviado, vislumbra el camino de regreso.

Teófilo recordaba al hombre que había conocido tres años antes: enérgico, decidido, jovial y generoso. Pero ahora lo veía consumido por la enfermedad, frágil como un sople, en los umbrales de su último día.

—¡No hables más, tus fuerzas son pocas! —exclamó el joven, preocupado.

El anciano levantó débilmente su brazo derecho y agitó la mano con suavidad, restándole importancia.

—Déjame hablar, Teófilo. Es lo único que aún puedo hacer. Quiero confesarte algo que he guardado demasiado tiempo... Renuncié a la fe. Sí. Después de haber recibido el conocimiento, acepté la oferta del enemigo. Me atraparon sus redes, y abandoné las aguas del Jordán. He buscado a Pablo durante cinco años, pero el Señor no permitió que lo encontrara. En su lugar, me invadió esta enfermedad, **y la bendigo**, porque con ella he recibido el castigo que merecía por mi desprecio.

Bernabé era consciente de que el lapso de su existencia llegaba su extremo final. En otro momento de lucides, Bernabé continuó con su confidencia.

—Fui un soberbio. Con mis ínfulas de sabio **rompí la unidad, herí la caridad, y destruí lo que otros sembraban con amor.**

Teófilo escuchaba con paciencia, pero sin darle importancia a los recuerdos del anciano.

—Este cuerpo desgastado, este hedor, esta debilidad, no son castigos, sino regalos: medios que Dios usa para purificarme y darme otra oportunidad. Porque solo en la resurrección de Cristo puedo ver la resurrección desde mi propia ruina. Solo con su Espíritu tengo la posibilidad de que mis huesos secos sean cubiertos de carne nueva. Solo reconociéndole puedo recibir un corazón de carne que tome el lugar de este corazón de piedra, donde estaban grabados mis juicios y valoraciones, y mi vana creencia de que podía hacer las cosas mejor que Dios.

El anciano se detuvo, tratando de acomodarse para tomar aire. Cada respiración era una lucha, un jadeo ahogado que parecía escapársele del pecho. Después de unos instantes, continuó con voz entrecortada:

—Creía que Dios se había equivocado con mi historia... que la había tejido mal. No entendía que mi vida, tal como había transcurrido, obedecía a un plan perfecto. No podía ver que, desde antes de crearme, Dios ya me amaba y tenía una historia para mí,

para arrancarme de las garras del malo. Ahora sé que nunca tuve fe sólida. Solo esta pena y este rechazo, después de haberlo perdido todo, me han entregado un don maravilloso: la disposición a aceptar la voluntad de Aquel que me amó hasta dar su vida por mí.

La falta de aire lo obligó a detenerse nuevamente. Intentó cambiar de posición, buscando desesperadamente un soplo de aire que calmara su ahogo.

—Traicioné el Espíritu que me fue dado —murmuró al tiempo que tenía los ojos cerrados—. Y no sé si ese pecado puede ser perdonado. La muerte está a mi puerta. El tentador vendrá una vez más... ¡Pero tengo esperanza! Como David, confieso: he pecado<sup>8</sup>. ¿Quién podrá asegurar que no moriré por ello?

Teófilo aprovechó la pausa para expresar su impresión con firmeza, pero visiblemente desconcertado:

—No entiendo lo que dices. Desde que me rescataste, hemos estado juntos. Me salvaste cuando nadie más lo habría hecho. Yo solo entiendo la lucha por sobrevivir. Sin ese instinto, sin esa crudeza, ya estaría muerto. No creo en perdones ni en resurrecciones. Solo en la fuerza y en la ira.

(...)

—¿Por qué estás conmigo?

El viejo quiso asegurarse de encontrar algún motivo, con la esperanza de encontrar una expresión de humanidad que le diera la ocasión de presentar su consejo. Teófilo reflexionó por un instante. Ni él mismo lo sabía. Sin embargo, no quiso ser descortés.

—Tú me cuidaste cuando más lo necesitaba. Ahora quiero devolvarte el favor. Pero no me hables de cruz ni de condenas. Yo no puedo perdonar a quienes me destruyeron, ni quiero ser perdonado. Solo deseo ver caer lo que me me empujó al precipicio.

Tomó aire, mientras arrojaba la ración conseguida a un rincón de la cueva.

—A los dioses no les importa eso que tú llamas pecado; gozan del vino y del placer. ¿Qué me impide hacer lo mismo?

Durante tres años habían deambulado por toda la región. Conocían hasta el último detalle del suelo cubierto por un manto de roca frágil, que oscilaba entre el ocre pálido y el pardo oscuro, como olas en un mar hosco de tonos grises y negros entremezclados. El horizonte permanecía sembrado de montañas verrugosas, manchadas de verde solo en contadas ocasiones. Ahora habitaban una caverna abierta sobre la toba, un refugio

---

<sup>8</sup> 2 Sam 12, 13.

monolítico amplio y sombrío, al noreste del Καστίλιος Όρος<sup>9</sup>, cuya cima resistía impertérrita el paso del tiempo, cubierta por un blanco inmaculado que resplandecía a lo lejos como una promesa eterna. Habían enfrentado el rigor de la nieve y la sequedad abrasadora del verano, el hastío del terreno volcánico, la amabilidad de las planicies y la frescura de las fuentes que surcaban la tierra.

El viejo declaró con voz que era apenas un susurro:

—Eres el consuelo que Dios ha puesto en mi enfermedad. Pero soy yo quien debe pagarte, Teófilo. Lo que hice por ti ya fue saldado hace tiempo por Otro. Y ahora, como única moneda, solo tengo un consejo: el de un anciano al borde de la muerte, que no puede ofrecer más que lo mejor de sí.

Tomó aire, con la dificultad de sus pulmones agotados, incapaces de contener el volumen que le respaldara el esfuerzo. Pero necesitaba un hálito que le alcanzara para decir lo que deseaba.

—Busca a Pablo. Síguelo, porque él puede conducirte a Aquel que es la fuente del agua viva. Encuentra a Pablo de Tarso, destinado a traer el kerygma<sup>10</sup> a los gentiles. Para hallarlo, pregunta a los Profetas del Nuevo Camino<sup>11</sup>.

El viejo tosió, cubriendo su boca con la manga derecha de su túnica. Era una tos contenida, lacónica, porque dolía. El joven intentaba cuidarlo, aunque sin saber exactamente qué hacer. Finalmente, decidió insistir:

—Descansa. No te agites de este modo. Tu respiración es débil, casi no te alcanza para seguir con vida. Estás agotando tus fuerzas.

—Mi fuerza y mi poder son el Señor; Él es mi salvación<sup>12</sup>.

Respondió el anciano con el hilo de su voz. Al tiempo, levantó ligeramente su mano, como si quisiera acallar al joven. Continuó.

—Déjame hablar, porque es lo que debo hacer antes de encontrarme con Aquel a quien desprecié; con el varón de dolores ante quien volví el rostro. No pude soportar su cara desfigurada ni su cuerpo flagelado por mi pecado<sup>13</sup>. En lugar de buscar mi conversión, hice todo lo contrario. Me arrojé en brazos del que divide, cometiendo toda clase de abominaciones. Participé en bacanales en el puerto de Corinto, bebiendo hasta

---

<sup>9</sup> Volcán Hasán.

<sup>10</sup> Hch 9, 15-17.

<sup>11</sup> Hch 9, 2; 22, 4.

<sup>12</sup> Is 12, 2.

<sup>13</sup> Is 53, 2-4.

ahogarme en mi propio vómito. Forniqué y caí en adulterio, habiendo conocido ya la Ley del amor. Robé y maté cuando destruí comunidades nacientes con mi lengua<sup>14</sup>.

Bernabé se movió un poco en su lecho, con las escasas energías que apenas le permitían arrastrarse.

—Porque me dejé engañar, cegado por mi soberbia, fruto del pecado con el que nací. Solo la indulgencia de Dios, que siempre me ha amado, me permite mirar ahora de reojo, adolorido, al Salvador que sufrió por mí.

Nuevamente la tos interrumpió las palabras del anciano, que tuvo que buscar otro momento para continuar con su confesión. Al día siguiente fue solo un sufrimiento que habló de otro sufrimiento.

—Reconozco ser causa de esa doliente compasión por la que murió Jesús. Su cuerpo cubierto de sangre, llagado por innumerables azotes, la corona de espinas clavada en su cabeza, el madero cargado sin fuerzas, sus rodillas laceradas por las caídas, ya exánime Él; sus manos y pies traspasados, la cruz despiadada en la cual exhaló su último aliento, su costado abierto por la lanza del centurión... Todo eso fue por mí. Y yo lo desprecié.

Teófilo escuchaba con desconcierto. Más que desear el descanso de su amigo, no soportaba aquel lenguaje extraño, lleno de frases ininteligibles y enunciados oscuros que el hablar cansino del viejo hacía más impenetrables. A pesar de los años compartidos, no lograba comprender lo que ahora brotaba en este desahogo agónico.

Mientras recogía algunas cosas, Teófilo quiso expresar su incompreensión, casi como si tomara las confidencias del anciano como propias de un estado delirante:

—Me has hablado del Cristo, pero no le conozco. Me has hablado de una cruz y de un hombre crucificado que luego resucitó. Sin embargo, sé que solo los hombres despreciables son sentenciados a morir en la cruz<sup>15</sup>, y no creo en nada más que en el hoy. Por eso, no renuncio a eso que llamas pecado. Es parte de mi vida. No puedo renunciar al odio hacia quienes me dejaron al borde de la muerte, ni al rencor que llevo dentro por quienes me arrojaron a esta existencia para servirles y enriquecerles mientras ellos lo tenían todo. No puedo perdonar a quienes me separaron de mi familia siendo un niño. Solo quiero la destrucción de lo que me ha destruido. He aprendido que, si adulo a los dioses, vendrán buenos tiempos y soplarán buenos vientos. Pero también sé que cada uno de los dioses tiene enemigos entre ellos, así que el bien que obtengo halagando a uno puede ofender a otro y traerme graves dificultades. Por eso hay un contrasentido en invocar sus favores. A mis dioses nunca les ha importado eso que tú

---

<sup>14</sup> 2 Co 12, 20.

<sup>15</sup> Is 53, 4.

llamas pecado; ellos disfrutaban del buen vino, de las diosas y de los placeres. ¿Qué, entonces, me impide hacer lo mismo mientras pueda?

Teófilo se detuvo ante un nuevo ataque de tos del anciano. Se acercó a su lecho y trató de ayudarlo a incorporarse. Una vez calmado, el anciano aún tuvo fuerzas para insistir:

—Mira, Teófilo, ya no me queda tiempo para hablarte de ese Dios que te ama; que conoce tus debilidades y que te sigue amando, porque mi vida se apaga para este mundo. He sanado las heridas de tu cuerpo, pero las heridas de tu alma siguen abiertas y son demasiado profundas para que yo pueda cerrarlas. Ni aun con tiempo podría hacerlo.

Al anciano le era difícil mantener el ritmo de su consejo. Se detenía, tosía un poco, avanzaba, trataba de acomodarse... Pero sabía que su oportunidad se acababa:

—No te engañe cuando te ofrezco iniciar esta búsqueda. Ve tras estos profetas que sabrán anunciarte la buena noticia; un mensaje que puede cambiar tu vida.

Aunque el viento gélido danzaba entre las rocas de la cueva, Bernabé solo sentía el ahogo de su propio jadeo. Las sensaciones externas palidecían ante la intensidad de sus dolencias.

—¿Desde cuándo me conoces? Cuando mi enfermedad apenas comenzaba. Desde entonces, desesperado por la nada de mi vida, volví los ojos hacia el Cristo a quien otrora había rechazado. Fue cuando apareciste arrojado al lado del camino. Desde esa ocasión hemos estado codo a codo. Mientras te ayudaba a sanar, compartí mi pan contigo y me viste desprenderme de mis últimos bienes<sup>16</sup>. Luego, viéndome ya pobre, no seguiste tu camino, sino que permaneciste conmigo. Y después, cuando mi enfermedad avanzó, no me abandonaste, ni me despreciaste en mi hedor. De alguna manera, sin entender nada, no has querido tomar otro rumbo. Conoces muy bien mi padecimiento.

El anciano se detuvo. Entonces, lo miró directo a los ojos y preguntó:

—¿Qué has visto de mí en estos años?

Teófilo dudó. Luego respondió:

—Siempre he visto en ti una alegría inexplicable. Aún ahora.

—¿Sabes por qué? —insistió el anciano.

---

<sup>16</sup> Mt 19, 21-22; Lc 12, 15.33; 14, 33; 1 Jn 3, 17.



El joven, sentado ahora a su lado, dudó un momento. Levantándose, trató de responder:

—No lo entiendo. Pero te he visto. Eso de que el sufrimiento redime y que con el dolor se alcanza la purificación... eso no lo comprendo<sup>17</sup>. Haré lo que me pides; buscaré a esos profetas... aunque no por fe, sino por respeto a ti. Eso es todo.

Después de esta conversación hubo otras, breves y fragmentadas, interrumpidas por la agonía del anciano. El frágil hilo de su existencia estaba a punto de romperse; la llama de su vida se extinguía lentamente. Finalmente, el velo de la muerte cubrió su cuerpo.

Murió con la serenidad de los reconciliados. Teófilo juró percibir rosas, aunque solo fuera el viento llevándose el hedor de la enfermedad. Sobre el rostro de Bernabé quedó grabada una paz que no era de este mundo.

---

<sup>17</sup> Hch 5, 41; Rm 8, 17s; 2Co 1, 5-6; Hb 10, 36; St 5, 11; 1 Pe 2, 20s.